

# LA VERDADERA DEVOCIÓN A LA SANTÍSIMA VIRGEN SEGÚN SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT

BERNARD GUITTENY

San Luis María Grignon de Montfort (1673-1716) es conocido sobre todo por su *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*. Este libro, cuyo manuscrito fue redactado en 1712, fue editado por primera vez ciento treinta años más tarde, en 1843. El autor lo había escrito en un momento en que quería hacer conocer lo que había enseñado en sus misiones parroquiales durante una decena años<sup>1</sup>. Fue canonizado por el Papa Pío XII el 20 de julio de 1947. Veinte años antes de finalizar el siglo XX se dio forma al proyecto de promover a San Luis María Grignon de Montfort a la condición de doctor de la Iglesia universal por el Papa Juan Pablo II. El dossier elaborado para justificar esta propuesta ha estado tan mal encausado que, en 2001, los dicasterios romanos paralizaron el proceso, al menos en su estado actual.

El *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*, obra maestra de san Luis María, pone por escrito la predicación misionera de su autor. Comunica el conocimiento teológico y espiritual que tenía de la encarnación del Verbo y del reino de Jesucristo en los corazones. Habla de ello contemplando a María, la persona puramente humana elegida por la Trinidad para que el Verbo viniera a nosotros. Él ha recibido de Dios, escribe, una ciencia, o conocimiento experimental de la verdad, que él llama «sabiduría», que, como la luz ilumina el día, le hace ver a la luz de la fe los misterios más ocultos.

## 1. LA PROVIDENCIA DE DIOS Y LA SANTÍSIMA VIRGEN

Luis Grignon gozó de una gran paz interior durante el primer año que siguió a su ordenación sacerdotal, que tuvo lugar en 1700. Reci-

1. La vida misionera ha sido determinante en el itinerario de Grignon de Montfort. Ver: Bernard GUITTENY, *Grignon de Montfort, missionnaire des pauvres*, Éd. du Cerf, Paris 1993.

bía esta paz de la providencia de Dios y de la Santísima Virgen: «Encuentro tantas riquezas en esta divina providencia y tanta fuerza en la Santísima Virgen que bastan para enriquecer mi pobreza y para sostener mi debilidad. Alejado de estos dos apoyos, no puedo nada» (*Cartas* 8, del 5 de julio de 1701)<sup>2</sup>.

Los sucesos no lo quebrantan, las oposiciones y las contrariedades venidas de su entorno no le turbaban. En el asilo de cuatrocientos pobres de la ciudad de Poitiers donde era capellán, un caballero —escribe— «disgustado contra mí, sin que yo conociera ningún fundamento legítimo, me rechazaba, me contrariaba y ultrajaba sin cesar en el asilo de los pobres y criticaba mi actividad en la ciudad, entre los administradores [los miembros del consejo de administración del asilo]» (*ibid.*). Durante el desarrollo de estos hechos, no manifiesta reacciones personales que lo pusieran al mismo nivel y en el mismo espíritu que sus detractores: «Durante esta borrasca, guardé silencio y me mantuve aparte, poniendo mi causa enteramente en las manos de Dios y no esperando sino en su auxilio» (*ibid.*). Cuando las personas de su entorno le aconsejaban reaccionar, él continuaba amparándose sólo a Dios: «Para ello fui a hacer un retiro de ocho días en la casa de los jesuitas» (*ibid.*). Constata que allí se acrecentó su confianza en Dios y en María: «Fui lleno de una gran confianza en Dios y en su Santa Madre que tomarían evidentemente mi causa en sus manos» (*ibid.*).

A su vuelta, el tenor vida, circunscrita al asilo, no desmiente su amor a Dios y la acción divina en su alma, dando sentido a las punzantes oposiciones exteriores contra su persona: «La mejor señal de que uno es amado por Dios, es ser odiado por el mundo y asaltado de cruces, es decir, de privaciones de las cosas más legítimas, de oposiciones a nuestras más santas voluntades, de las injusticias más atroces y más hirientes, de persecuciones y malas interpretaciones de parte de

2. Se hace referencia dentro de esta exposición solamente a cuatro obras de san Luis María Grignon de Montfort: 1º) treinta y cuatro cartas personales (o solamente extractos de cartas) que han sido publicadas en SAINT LOUIS-MARIE GRIGNION DE MONTFORT, *Œuvres complètes*, Éd. du Cerf, Paris 1966 (pp. 1-83) y en SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Obras*, BAC, Madrid 1984 (pp. 67-116); 2º) una carta a una colectividad (los habitantes de Poitiers), en 1706, sobre la perseverancia después de una misión (*Œuvres complètes*, pp. 807-812; *Obras* pp. 611-614); 3º) *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*, cuyo manuscrito autógrafo es de 1712 (*Œuvres complètes*, pp. 481-671; *Obras*, pp. 269-390); 4º) una carta a una colectividad, enviada a Nantes en 1714, a una cofradía conocida bajo el nombre de *Amigos de la Cruz*. Referencias respectivas: *Cartas* (seguida del número de orden); *Carta a los habitantes*; *Tratado*; *Carta a los Amigos*. Ellas bastan para conocer a un hombre que ha escrito poco y que sabía condensar su pensamiento. La primera edición española de las obras de san Luis María Grignon de Montfort data de 1954, también fue editada por la BAC: *Obras completas de san Luis María Grignon de Montfort*, edición preparada bajo la dirección de los Padres Nazario PÉREZ, S.J. y Camilo ABAD, S.J.

las personas mejor intencionadas y de nuestros mejores amigos, de enfermedades más opuestas a nuestro gusto, etc.» (*Cartas* 13).

## 2. SABIDURÍA DE FE Y DE AMOR

María Luisa Trichet (1684-1759) —que sería la primera Hija de la Sabiduría, en La Rochelle, en 1715, bajo el nombre de María Luisa de Jesús— había recibido de Luis Grignon enseñanzas de viva voz en 1701 y 1702. Se encontraban en el mismo diapasón de una experiencia mística: «Pero por qué os digo, le escribe en 1703, lo que vos sabéis mejor que yo por el gusto y la experiencia que tenéis de ello» (*ibid.*). En este mismo año, tres cartas que Luis Grignon envió de París a Poitiers a María Luisa Trichet muestran la sintonía de sus intercambios. Las cartas de 1703 se diferenciaban de las anteriores en que, en 1701, el joven sacerdote se apoyaba su pobreza era la providencia de Dios y en su debilidad la Santísima Virgen. En cambio, riqueza y fuerza de Dios habrían de manifestarse en adelante de una manera más interior, bajo la forma de una ciencia o conocimiento de los más ocultos misterios de Dios; de esta forma, aparece, en Luis Grignon, la absoluta oposición entre la sabiduría del mundo y la de Dios. Los sucesos que lo atropellan y las contrariedades que caen sobre él no son más solamente «señales de que uno es amado de Dios» (*ibid.*), sino los agentes que llevan al conocimiento de los misterios de Dios. Las contradicciones tienen mayor profundidad y toman el nombre de «cruces» en el sentido pleno de la palabra, con una referencia al misterio del calvario. En todo lo que lo alcanza, lo detiene u obstaculiza su acción, reconoce las «cruces que preveía me debiesen llegar si la obra [hecha en el asilo] fuera de Dios» (*Cartas* 11). Las cruces son una riqueza. Favorecen el descubrimiento del valor que contienen: «Es en esta amable cruz que está encerrada la verdadera sabiduría que yo busco noche y día con más ardor que nunca» (*ibid.*); «lo que me hace creer —agrega— que la tendré, son las persecuciones que he tenido y que tengo todos los días, día y noche» (*Cartas* 15).

Describe esta sabiduría a María Luisa Trichet. Le explica las circunstancias en las cuales vive y lo que resulta de ello para él: «Que se me calumnie, se me burle, se destroce mi reputación, que se me ponga en prisión, qué dones tan preciosos, qué manjares tan delicados, qué grandezas tan encantadoras!» (*ibid.*). En su vida de desprecio del mundo están plantadas las cruces; éstas son las circunstancias realmente dolorosas y situaciones difíciles que abren el camino de la sabiduría en quien padece de los caprichos del mundo. Las cruces preceden a la llegada de la sabiduría divina, como los equipajes preceden al arribo

de un insigne huésped para asegurar su bienestar durante su estadía; las cruces son como el séquito del huésped, es decir, las personas de servicio que lo acompañan para responder a sus deseos: las cruces —dice Grignion de Montfort— «son los equipajes y el séquito necesario de la divina sabiduría que hace venir a la casa de aquellos en los que quiere morar» (*ibid.*).

Así como la luz del día ilumina lo que las sombras de la noche ocultan, la sabiduría comunicada por Dios es luz para la fe acerca de los más ocultos misterios de Dios. En quien la recibe, opera un efecto parecido al alimento que sacia al hambriento, porque satisface el entendimiento humano: «Oh! —exclama Grignion de Montfort— ¿quién me dará a comer de este pan del entendimiento que alimenta a las grandes almas?» (*ibid.*). La sabiduría es también semejante a una bebida que apaga la sed del alma sedienta de amor y de servicio de Dios: «¿Quién me dará a beber de esta copa que apaga la sed de sus servidores?» (*ibid.*).

Lejos de estar encogido en la pequeña habitación en una morada de la calle del Pot-de-Fer que le sirve de abrigo durante su estadía parisiense, Luis Grignion está abierto a Dios. En este París mundano que él llama «un lugar donde la sabiduría es arrojada a la calle y despreciada» (*ibid.*), él estará «crucificado y perdido para el mundo» (*ibid.*). La reclusión que le parece como la de un prisionero, no lo confina al estrecho espacio limitado por los muros de su pobre vivienda, ya tiene en mente vastas perspectivas, como en 1706, según escribió a los habitantes de Poitiers: «Tengo ante mí mente grandes enemigos, todos los mundanos que estiman y aman las cosas perecederas, me desprecian, se burlan de mí y me persiguen, y todo el infierno que se urde complots para perderme y que hará levantarse contra mí, por todas partes, todas las potencias» (*Cartas a los habitantes*).

En el balanceo pendular, que mantiene el mundo en inestabilidad, entre el misterio de iniquidad y el misterio de Cristo, Grignion de Montfort es sensible al hecho de que María pasó inadvertida durante su vida terrena y que fue bastante preterida durante los primeros siglos cristianos: María «ha sido escondida en el primer advenimiento» (*Tratado 1*). Pero hoy en día, ella debe ser conocida y debe ser reconocido que María es, en la lucha entre Dios y el anti-Dios, entre la verdad y la mentira, en el tiempo donde nosotros estamos «el segundo advenimiento de su hijo» (*Tratado 1*). «María debe ser terrible al diablo y a sus secuaces [en el mundo] como un ejército en orden para el combate, principalmente en estos últimos tiempos [del segundo advenimiento], porque el diablo, sabiendo bien que tiene poco tiempo y menos que nunca para perder a las almas, redobla todos los días sus esfuerzos y sus combates; él suscitará pronto crueles persecuciones»

(*Tratado* 50, 7º). En este combate, en el que se percibe a sí mismo, ha menester la sabiduría que desarrollan las virtudes de fe, la esperanza y la caridad: «Busco la divina sabiduría —escribe a los habitantes de Poitiers— ayudadme a encontrarla [...]. No hay duda que estando solo y siendo pobre, pereceré, a menos que la Santísima Virgen y las oraciones de las almas buenas, y en particular las vuestras, me sostengan y me obtengan de Dios el don de la palabra o [dicho de otro modo] la divina sabiduría que será el remedio para todos mis males y el arma poderosa contra mis enemigos» (*Carta a los habitantes*).

### 3. LA CUESTIÓN CRÍTICA DEL *TRATADO DE LA VERDADERA DEVOCIÓN* Y SUS CONSECUENCIAS HISTÓRICAS

El *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen* propone un camino cristiano que va a lo esencial. Para escribirlo, Luis Grignon ha recurrido a las mismas fuentes que alimentaron su predicación: conversaciones personales en el seminario de San Sulpicio de París donde recibió la formación teológica (1695-1700), otras con los jesuitas, a quienes frecuentó antes de escribir en 1712, y con otros sacerdotes. Se recuerda de estos intercambios sobre la devoción a la Santísima Virgen, habiendo, dice, «conversado familiarmente, con los más santos y los más sabios personajes de estos últimos tiempos» (*Tratado* 118). Se refiere, también, a estudios personales, una lectura casi exhaustiva de la literatura de su época: «habiendo leído casi todos los libros que tratan de la devoción a la Santísima Virgen» (*ibid.*). Además de este saber personal, apela a su fructuosa experiencia en las misiones. Transmite, pues, «lo que he enseñado con fruto en público y en privado durante muchos años» (*Tratado* 110). En público, enseñaba como predicador. Las conversaciones privadas podían ser las del confesionario a donde las gentes que «hacía su misión», como se suele decir, volvían muchas veces a dirigirse con los sacerdotes que escuchaban su confesión sacramental y eran aconsejadas durante el tiempo que duraban los ejercicios de la misión.

Grignon de Montfort denomina a su enseñanza, empleando la terminología de la época: «Práctica de devoción hacia la Santísima Virgen» (*Tratado* 118); es lo que, en otros términos, llamaríamos hoy: «itinerario espiritual»; «tratado de la vida espiritual»; o aún, como el Padre Réginald Garrigou-Lagrange: «las tres edades de la vida interior, preludio de la del cielo»<sup>3</sup>. Cuando Grignon de Montfort se re-

3. Réginald GARRIGOU-LAGRANGE, *Les trois âges de la vie intérieure prélude à celle du ciel*, t. I y II, París 1948.

fiere a la «práctica de devoción a la Santísima Virgen», no indica prácticas concretas de piedad, ni señala preferencias por determinadas oraciones y ejercicios de abandono y desprendimiento. Muestra un camino hacia la santidad en un libro en el que vuelca sus experiencias místicas, según sus propios estudios y sus personales conocimientos sacerdotales.

El manuscrito de este tratado de vida espiritual se conservó, durante el siglo XVIII, en los archivos de los misioneros de Saint-Laurent-sur-Sèvre (actual departamento de La Vendée). Estos misioneros fundados en la parroquia de Saint-Pompain fueron a vivir en este lugar en 1722. Llevaron en sus cofres de misión los archivos que Luis María Grignon de Montfort había destinado a una otra comunidad fundada por él cuyos miembros, unidos por votos de pobreza y obediencia, jamás pudieron habitar los locales que había adquirido para ella en una parroquia llamada Vouvant<sup>4</sup>.

En 1743, Charles Besnard (1717-1788), sacerdote de veinte y seis años, luego de haber hecho en París el ciclo completo de los estudios preparatorios al sacerdocio, se sumó al grupo de los doce a quince misioneros de Saint-Laurent-sur-Sèvre. Elegido superior de la comunidad misionera en 1755, era también superior religioso de las Hijas de la Sabiduría, fundadas por Grignon de Montfort en La Rochelle en 1715, que habían ido para constituer su comunidad cerca de la tumba del fundador.

El libro *El Amor de la Sabiduría eterna*, escrito por Charles Besnard hacia 1760, no habla más que de Dios como Sabiduría: «La Sabiduría substancial e increada es el Hijo de Dios, la segunda Persona de la Santísima Trinidad, o dicho de otro modo, la Sabiduría eterna o Jesucristo en el tiempo. De esta Sabiduría es propiamente de la que vamos a hablar»<sup>5</sup>.

El décimo séptimo y último capítulo de la obra de Besnard trata acerca de la devoción a la Santísima Virgen. Para redactarlo recurrió a un manuscrito de un autor entonces desconocido (realmente de Grignon de Montfort), que se encontraba en los archivos de los misioneros de Saint-Laurent-sur-Sèvre<sup>6</sup>. Extrajo de él lo que buscaba: una exposición, como tantas otras que había en las ediciones de la épo-

4. Bernard GUITTENY, *Louis-Marie Grignon de Montfort et les archives montfortaines*, en «Revue d'histoire de l'Église de France» 89/222 (2003) 105-111.

5. Esta obra ha sido publicada bajo el nombre de Grignon de Montfort en *Obras*, BAC, Madrid 1984, pp. 117-207.

6. Bernard GUITTENY, *La vraie spiritualité de saint Grignon de Montfort. De l'inauthenticité d'un traité de Besnard attribué à Grignon de Montfort*, en «Nouvelle Revue Théologique» 125/1 (2003) 109-110.

ca, sobre la devoción a la Santísima Virgen. Resumió lo que extrajo de su lectura parcial de la obra de Grignion de Montfort con el mismo título del último capítulo: «Una tierna y verdadera devoción a la Santísima Virgen».

Lejos de advertir la síntesis teológica y espiritual que Grignion de Montfort había expresado en su tratado, Besnard ubicó la devoción a la Santísima Virgen en el mismo plano que otros tres medios para obtener la posesión de Dios (el deseo de Dios, la oración y la mortificación), sin darse cuenta del lugar único que Grignion de Montfort había dado a la Santísima Virgen en la formación interior del cristiano. Besnard pensaba todavía que el contenido de ese *Tratado de la verdadera devoción*, de autor entonces desconocido, se reducía a preconizar un acto de total consagración a la Santísima Virgen cuando, en Grignion de Montfort, la consagración activa no es más que el acto inicial de la vida espiritual. Por ello, en Charles Besnard se esfumaba toda la formación interior que el Santo Espíritu de Jesucristo inspiraba en lo más profundo del ser, en el interior de las almas.

Otra desviación reductora del *Tratado de la verdadera devoción* tuvo lugar en el siglo XIX, cuando, pasados los tormentos de la Revolución francesa, se consideró viable la canonización de Grignion de Montfort. Mientras en Saint-Laurent-sur-Sèvre se apresuraban, desde 1824, a reunir la documentación para promover la causa, la obra de Charles Besnard, titulada *El Amor de la Sabiduría eterna*, fue introducida entre las otras piezas del proceso bajo el nombre de Grignion de Montfort. Sólo veinte años más tarde, en 1842, Grignion de Montfort fue identificado por ello como el autor del manuscrito que llevará en adelante el nombre de *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*, pero no hubo quien se tomara el trabajo de comparar las dos obras contenidas en el dossier (la de Grignion y la de Besnard, ambas bajo el nombre del primero). Si se hubiesen cotejado, se habría comprobado que la de Besnard no era de Grignion, puesto que el *Tratado* se atribuía indiscutiblemente al santo. La confusión entre los dos autores aumentó más todavía en 1843, cuando la «consagración a la Sabiduría eterna», redactada por Besnard, fue agregada sin explicación a la primera edición del manuscrito del *Tratado de la verdadera devoción*, como si hubiera pertenecido al manuscrito autógrafo de Grignion de Montfort, sin advertir que estaba extraída de otra fuente. La confusión entre el autor del *Tratado* y el autor de la consagración añadida se prolongó hasta comienzos del tercer milenio, pues todas las ediciones han seguido, sin estudio crítico, la pauta de la primera edición.

Entre la identificación del autor del *Tratado de la Verdadera devoción* (1842) y su publicación (1843), los responsables de la primera



edición dispusieron de un año de tiempo, en el que adaptaron (sólo unos pocos puntos, es verdad) el autógrafo de Grignon de Montfort a su propia visión de las cosas, corrigiendo, por tanto, el manuscrito. Al comienzo del texto tacharon siete líneas que no publicaron. Esta amputación de la obra suprime indicaciones de lectura de lo que continúa. Este párrafo suprimido, desconocido por las ediciones, presenta una distinción de dos momentos de la historia después de la Encarnación en función del mayor o menor conocimiento de la Santísima Virgen. Grignon de Montfort considera que la «estrategia de Dios» ha sido a la manera de la de un ecónomo previsor, estableciendo como dos advenimientos. Primero, Dios tomó en cuenta la menor receptividad de los paganos con respecto a María, a la que habrían tomado por una deidad. Por ello, Dios no la ha revelado hasta el segundo advenimiento, luego de varios siglos de cristianismo. Conocedores ya los cristianos de la divinidad de Jesucristo, podían profundizar mejor en el papel de María en la Encarnación, y reconocerla más fácilmente como la Madre de Dios. El texto de Grignon de Montfort es aún legible, en el manuscrito, bajo las tachaduras: «Es por la Santísima Virgen María que Jesucristo vino al mundo la primera vez y es también por Ella que debe venir por segunda vez. María ha sido poco conocida en el primer advenimiento de su Hijo, mas será honrada en el segundo. Ha quedado escondida en el primer advenimiento por una economía admirable, a fin de que su Hijo Jesús fuera más conocido. Pero Ella será revelada en el segundo, a fin de que el reino de su Hijo, conocimiento perfecto y su reino entero, se instaure sobre la tierra» (comienzo del manuscrito del *Tratado*).

A comienzos del siglo XX, Antonin Lhoumeau, superior general de los dos institutos de Saint-Laurent-sur-Sèvre, publicó un manual para la vida espiritual siguiendo a Montfort y en continuidad con el *Tratado de la verdadera devoción*<sup>7</sup>. En 1929, Henri Huré, que fue también superior general de los dos institutos, produjo, sin estudio crítico previo, una edición de la copia manuscrita de la obra de Bernard. Dando por supuesto que el origen del manuscrito y la autenticidad del autor estaban bien consolidados, lo atribuyó erróneamente a Grignon de Montfort, sumándose así a la falsa atribución que venía rodando desde mediados del siglo XIX<sup>8</sup>.

Marcel Gendrot, que también ha sido superior general de los dos institutos, fue el responsable, en 1966, de la edición francesa *Œuvres*

7. Antonin L'HOUMEAU, *La vie spirituelle à l'école du bienheureux Louis Marie Grignon de Montfort*, Paris 1901.

8. Henri HURÉ, en *Introduction*; Louis-Marie GRIGNION DE MONTFORT, *L'Amour de la Sagesse éternelle*, Pont-Château 1929, p. II.



*complètes* de Grignon de Montfort. Retomando la opción de Henri Huré, continuó con el error. Afirma incluso haber descubierto el manuscrito es un autógrafo de Grignon de Montfort, pues se reconoce a primer golpe de vista su escritura<sup>9</sup>. Esta afirmación es falsa: el manuscrito es en realidad una copia manuscrita hecha por un copista desconocido y esa copia es, además, posterior al fallecimiento de Grignon. A continuación de esa copia manuscrita vienen dos páginas que lleva por título «Table», en la que se detallan los diecisiete capítulos contenidos en el manuscrito. Estas dos páginas han sido escritas por el mismo Charles Besnard (nadie puede dudar de que la escritura sea suya), hacia 1760. Junto al título de cada capítulo indica en qué página se encuentra, en la copia manuscrita de su obra, el título de ese capítulo.

Luis Salaün, al presentar la edición española (hecha sobre la edición francesa) introdujo su personal interpretación acerca de la doctrina de Montfort, reduciéndola a una pura consagración activa. Los «efectos maravillosos de la consagración total» (*Tratado* 213) suplantaron, en esa edición, a «los efectos maravillosos que esta devoción produce en el alma que le es fiel». El programa espiritual de Grignon de Montfort es simplificado al extremo, quedando en una pura consagración, es decir, en un acto concreto; es obvio que se había mistificado el itinerario que Grignon de Montfort había denominado «la práctica de devoción hacia la Santísima Virgen que yo enseñé» (*Tratado* 118)<sup>10</sup>.

En resumen: Hubo dos corrupciones de la obra de Grignon de Montfort. Una primera, al atribuir falsamente el libro de Besnard, titulado *El amor a la sabiduría eterna*, a Grignon de Montfort. Además, Besnard había incorporado a su libro algunos pasajes auténticos de Montfort, adulterando su genuino sentido. La segunda corrupción fue la publicación, en 1943, del verdadero texto de Montfort, aunque mutilado en algunos párrafos, cambiando de este modo la intención de San Luis María.

#### 4. EL GENUINO SENTIDO DEL *TRATADO DE LA VERDADERA DEVOCIÓN*

Luis María Grignon de Montfort repite a menudo en el curso de su *Tratado*: «La práctica de devoción que yo enseñé». Esta práctica cubre el desarrollo de toda la vida espiritual cristiana en una marcha gradualmente progresiva. Es una pedagogía de la santidad. No hay dudas sobre la intención de Grignon de Montfort: «Yo no he cono-

9. *Ibid.*, cit., pp. 85 y 88.

10. *Ibid.*, p. 367.

cido ni enseñado práctica de devoción hacia la Santísima Virgen semejante a la que voy a decir, que exija de un alma más sacrificios por Dios, que la vacíe más de sí misma y de su amor propio, que la conserve más fielmente en la gracia y a la gracia en ella, que la una más fácilmente a Jesucristo y, en fin, que sea más gloriosa para Dios, más santificante para el alma y más útil al prójimo» (*Tratado* 118). En esta subida a la unión con Dios, le es comunicado al alma —al que es fiel en este itinerario cristiano— un «secreto» que el Espíritu de Jesucristo revela. El «secreto» lleva hasta la transformación de sí mismo en Jesucristo y a la plenitud de su edad (treinta y tres años, edad perfecta) sobre la tierra y de su gloria en el cielo (*Tratado* 119), que culmina en el estado de perfección cristiana: «consistiendo toda nuestra perfección en ser conformes, unidos y consagrados a Jesucristo» (*Tratado* 120).

La enseñanza de Grignon de Montfort es extraña a las «falsas devociones», o ilusiones de devoción, cuya falsedad ha denunciado (*Tratado* 82-104). Tampoco es pura y simplemente la devoción a la Santísima Virgen, tomada en términos generales, cuyas características ha mostrado ya en su texto (*Tratado* 106-110). Enseña una práctica progresiva, orientada hacia una finalidad determinada que es la perfección en Jesucristo, y previene al lector a lo largo de su escrito que no revelará sino al final las cuatro «prácticas interiores» (*Tratado* 258-265), puesto que «lo esencial de esta devoción consiste en el interior» (*Tratado* 119 y 226).

El autor del *Tratado de la verdadera devoción* cuida de señalar las fallas en el programa de vida espiritual. Lo esencial interior, escribe, «no será igualmente comprendido por todos; algunos se detendrán en lo que tiene de exterior y no pasarán más allá, y éste será el mayor número. Algunos entrarán en su interior pero no subirán sino un grado» (*Tratado* 119). En esta segunda categoría están los que pisotearán y se estancarán en las aguas indecisas del comienzo de la vida espiritual, sin jamás ir más adelante; se contentarán con su actividad personal gratificante, su autosatisfacción llena de amor propio, no dejándose salvar por Cristo, rehusando subir a un grado más elevado de renuncia y desprendimiento en donde, quien accede a tal grado, «no pone más, como antes, su apoyo en sus disposiciones, intenciones, méritos, virtudes y obras de misericordia» (*Tratado* 145), consiente de la acción de Dios; descubre que la perfección es un don de Dios, y que Dios mismo tiene el deseo de conducirnos a ella.

Grignon de Montfort piensa en los pocos que se adherirán a lo esencial interior que él enseña, que aceptarán la interioridad y subirán los escalones hasta los grados superiores de la vida espiritual: «¿Quién es el que subirá al segundo grado? ¿Quién llegará hasta el tercero grado? En fin, ¿quién es el que permanecerá allí como por estado?» (*Tra-*

tado 119). Conoce la respuesta: «Aquél a quien el Espíritu de Jesucristo revele este secreto [de la vida interior] y a él conduzca al alma muy fiel para avanzar de virtud en virtud, de gracia en gracia, de luz en luz, para llegar hasta la transformación de sí mismo en Jesucristo y a la plenitud de su edad sobre la tierra y de su gloria en el cielo», «consistiendo toda nuestra perfección en ser conformes, unidos y consagrados a Jesucristo» (*Tratado* 119-120).

## 5. EFECTOS MARAVILLOSOS Y SABIDURÍA DE FE Y DE AMOR

Hay siete «efectos maravillosos que esta práctica de devoción produce en una alma que le es fiel» (*Tratado* 213). Tres de los siete producen el progreso en las virtudes teologales de la fe, la caridad y la esperanza: «Por la luz que el Espíritu Santo os dará por María» (*Tratado* 213), «la Santísima Virgen os comunicará su fe [...] que hará que no os preocupéis de lo sensible y extraordinario [tal como descubrir el secreto de los corazones o conocer los futuros contingentes]; una fe viva y animada por la caridad [con el sabor de la verdad que acompaña esta ciencia], que hará que no hagáis vuestras acciones sino por el motivo del puro amor [que no busca sino a Dios]; una fe firme e inquebrantable como una roca, que hará que permanezcáis firme y constante [para llevar las cruces] en medio de las tempestades y los tormentos; una fe activa y penetrante [como una lama] que, como un misterioso *passe-partout*, os dará entrada en todos los misterios de Jesucristo; una fe valiente que os hará emprender y llevar a cabo grandes cosas por Dios y por la salvación de las almas, sin vacilar; en fin, una fe que será vuestra antorcha encendida, vuestra vida divina, vuestro tesoro escondido de la divina sabiduría» (*Tratado* 214).

La segunda virtud, también acrecentada por el efecto maravilloso de la práctica de devoción hacia la Santísima Virgen según la enseñanza de Grignon de Montfort, es la caridad, virtud teologal que, del mismo modo que la fe, tiene a Dios por objeto: «Por la luz que el Espíritu Santo os dará por María» (*Tratado* 213), «esta madre del amor hermoso quitará de vuestro corazón todo escrúpulo y todo temor servil desordenado [...] para introducir en él el puro amor del cual es la tesorera, de manera que no os conduzcaís más como lo habéis hecho por temor con respecto a Dios [quien es] caridad, sino por puro amor» (*Tratado* 215).

La tercera virtud teologal, la esperanza, recibe así mismo un acrecentamiento por la práctica de la devoción que Grignon de Montfort enseña: «La Santísima Virgen os llenará de una gran confianza en Dios y en Ella misma [...], de modo que vosotros podréis decir ar-

dientemente: *Tuus sum ego, salvum me fac*; yo os pertenezco, Santísima Virgen, salvadme [...]; *Tuus ego sum et omnia mea tua sunt* [...], yo soy todo vuestro y todo lo que tengo os pertenece [está ya en vuestras manos]» (*Tratado* 216).

Hacia ya dos años que Grignon de Montfort había escrito estas líneas en el *Tratado de la Verdadera devoción* acerca de los efectos maravillosos de la práctica que enseñaba, cuando dirigió, desde Rennes, una carta colectiva a una cofradía en Nantes llamada Amigos de la Cruz. Les comunicó la definición de la sabiduría que fue el objeto de su búsqueda, que le acompañó toda su vida. Escribió a los Amigos de la Cruz: «la sabiduría es una “ciencia sabrosa y experimental de la verdad que hace ver a la luz de la fe los misterios más ocultos” (*Carta a los Amigos* 45). Ella es como un “capital”, llamado “principal” frente a los “intereses”, que son secundarios con relación al capital; el capital o “principal” es aquí la sabiduría, y el “interés”, que ocupa el segundo lugar, es el poder llevar la cruz: “Espíritu principal que hace llevar las cruces más pesadas con coraje” (*ibid.*). La sabiduría produce la buena salud y el afinamiento del alma: “Espíritu bueno y dulce que hace gustar en la parte superior del alma las amarguras más repugnantes” (*ibid.*). Ella es el principio de las ideas claras y las intenciones rectas: “Espíritu santo y recto que no busca sino a Dios” (*ibid.*). La sabiduría engloba la ciencia de Dios, de la naturaleza y de la gracia: “Ciencia de la cruz que encierra todas las cosas” (*ibid.*). La sabiduría, que enlaza la fe y la caridad, es un “tesoro infinito cuyo buen uso hace al alma participar de la amistad de Dios” (*ibid.*). Poseer el conocimiento sabroso y experimental de los misterios de Dios es la petición de toda una vida: “Pedid la sabiduría —insiste san Luis María Grignon de Montfort— pedidla incesante y fuertemente, sin vacilar, sin temor a no obtenerla, y la tendréis sin falta, y luego veréis claramente por experiencia cómo se puede desear, buscar y apreciar la cruz” (*ibid.*)».

Después de haber escrito en 1714 la carta a los Amigos de la Cruz, Grignon de Montfort hablaba durante el año siguiente, 1715, de esta sabiduría a María Luisa Trichet. La había nombrado superiora religiosa de la Comunidad de las Hijas de la Sabiduría por efecto, dice, de la bondad de Dios: «Dios que es todo bueno quiere que María Trichet sea la madre superiora» (*Carta* 29, 4 de abril de 1715). En 1716, los locales resultaron exigüos para alojar a la creciente comunidad, y nadie se interesaba verdaderamente por este pequeño grupo de religiosas. Él recuerda a María Trichet en qué sabiduría divina, opuesta a la del mundo, había fundado su propia vida: «Si Dios no me hubiera dado ojos diferentes que los que me han dado mis padres, me quejaría, me inquietaría con los locos de este mundo corrupto» (*Cartas* 34). La Comunidad de la Sabiduría debía estar fundada «no sobre

la arena movediza del oro y la plata de las que el demonio se sirve todos los días para fundar y enriquecer sus apartamentos [en el mundo], tampoco sobre el brazo de carne de un mortal [el obispo que se llamaba Champflour], que no es más, por más sagrado y poderoso que sea, que un puñado de heno, sino para fundarla sobre la misma sabiduría de la cruz del calvario» (*ibid.*).

Bajo sus expresiones y su estilo, nos han quedado las huellas de la unión con Dios de Grignon de Montfort, el eco de su conocimiento experimental de los misterios de Dios, su referencia a la encarnación del Verbo y al reino de Jesucristo, la atribución de cada Persona divina en la venida de Jesucristo al mundo, la participación de la humanidad en la salvación en la persona de María y un camino hacia la santidad.

Luis María Grignon de Montfort murió el 28 de abril de 1716, ocho meses después de Luis XIV, rey de Francia; el deceso de María Luisa Trichet precedió en treinta años al comienzo de la Revolución francesa. Luis María Grignon de Montfort fue canonizado el 20 de julio de 1947 y María Luisa Trichet fue declarada bienaventurada, bajo el nombre de María Luisa de Jesús, el 16 de mayo de 1993.